

Dos capítulos

=Del folleto *Lucha por la cultura*, por JUSTO A. FACIO.
San José de Costa Rica, 1923.=

XII

Aun restringida a límites de raza y de continente, la influencia de los estudios literarios está llamada a hacerse sentir de modo útil, sin contar en lo mínimo con lo que de agradable hay en ellos, en la mente de las jóvenes sociedades diseminadas a lo largo del solar colombino. Desde los albores de la independencia, los hispanoamericanos entienden que la vida un poco tumultuosa de estos países corre por unos mismos cauces hacia el cumplimiento acaso fatal de un horóscopo preñado de amenazas, contra las cuales hay que permanecer a todas horas, ojo avizor, en actitud de defensa: he ahí la fase oscura del problema continental hispanoamericano; en cambio, un conjunto de felices condiciones naturales mantiene entre nosotros bien arraigada la creencia de que el mundo colombino ha de ser el asiento de civilización caracterizada por un régimen de equidad que a merced de todos pone simples y, a la vez, dúctiles medios de trabajo, excluidas de él para siempre las odiosas preminencias o superposiciones de clase. Este punto y el otro, ambos de una ideología común, han intensificado entre las naciones hispánicas ese sentimiento de solidaridad cuya génesis histórica se funda, con solidez indestructible, en una serie de circunstancias, tales como el origen,—indio y español, a la vez,—el idioma, el coloniaje, la lucha por la independencia, el carácter democrático de nuestras instituciones, nuestra cultura idealista,... que, casi con el colorido de una tradición, dan fisonomía propia a nuestra personalidad en desarrollo. Sin género alguno de duda, la mano de la Providencia subordina implacablemente nuestros destinos a un hado común: ya lo vio, con poderosa clarividencia, como suya, el genio de Bolívar, cuando, después de haberles otorgado señorío, quiso reunir a sus pueblos en un anfictionado que llevase a la práctica este ideal supremo,—la justicia internacional.—«Después de quince años de sacrificios», decía el propio Libertador en 1824, «consagrados a la libertad de América, para obtener el sistema de garantías que, en paz o en guerra, sea el escudo de nuestros destinos, es tiempo ya de que los intereses y las relaciones que unen entre sí a las repúblicas americanas, antes colonias españolas, tengan una base fundamental...»

Ahora bien, si la anfictionía hispano-americana sólo fué una bella y, quizás por esto mismo, una ilusoria concepción del genio, a su fracaso lamentable sobreviven, sin haberse amenguado nunca, antes bien, ensanchando en todas direcciones la órbita de sus influencias espirituales, las conexiones geográficas, históricas y civiles con que el grandioso proyecto de confederación hacía valer sus aspiraciones a concretarse en un viviente órgano político; pero al salir, como en derrota, del mundo ambiguo por donde, a modo de sombras asustadizas, se escurren las posibilidades diplomáticas, en acecho de ocasiones propicias al asalto, el hermoso sueño de Bolívar cobra entonces realidad en el mundo de la

inteligencia: una literatura brillante difunde por todos los ámbitos de nuestro continente el pensamiento portentoso que concibió a la América hispana una e indivisible; atlantes de la inteligencia tales como Montalvo, Rodó, Martí, Blanco Fombona, Cornelio Hispano... han llevado sobre sus hombros esa carga sublime; pero el generoso empeño de difusión no habría traspasado los dominios de las idealidades platónicas, si el colegio, al promover con sus enseñanzas humanistas el gusto por las letras, no hubiera creado en los jóvenes un interés superior por esas lecturas. A los institutos de educación secundaria se debe el conocimiento que hace efectiva la compenetración espiritual de los pueblos hispano-americanos entre sí; de esos institutos han salido los intelectuales que, ya como escritores, después, han exaltado los ideales de la raza, a la que, más que por sus afinidades étnicas, por las condiciones del continente en que se organiza y se desarrolla, el futuro promete realizaciones de alto humanitarismo; hijos de esos institutos son también los intelectuales, más humildes, sin duda, pero de comprensión no menos penetrante, en cuyo espíritu esa propaganda despierta vibraciones y ecos de simpatía. A nadie en verdad se le oculta, así sea insensible a los requerimientos de la inteligencia, que la solidaridad hispano-americana ha adquirido ensanche, principalmente, merced al intercambio de manifestaciones en que el pensamiento conquista los ánimos, no sólo por la fuerza casi irresistible ya de su propia virtud, sino también por influjo del arte magnético que le presta sus galas. Una vez más podemos decir con Lord Curzon que «la solidaridad mundial de los intelectuales es mucho más duradera y más provechosa para los hombres que los acuerdos internacionales celebrados entre políticos».

Conforme al postulado principal de este artículo, pudiera tal vez creerse que la literatura hispano-americana sólo tiene valor para nosotros en cuanto dilucida cuestiones atañederas al momento actual o al porvenir del continente; no es así: la mentalidad hispano-americana ha dejado en la literatura de estos pueblos estudios y disquisiciones acerca de tópicos variadísimos, de tal modo que en muchos de estos particulares hallaría satisfacción a sus ansias de belleza la curiosidad de los jóvenes, sin tener que atravesar las edades sobre el lomo de ningún pegaso para ir en busca de fuentes clásicas. A cualquier hispanoamericano un poco leído se le vendría de por sí a las mientes el nombre de Montalvo si tropezara con la precedente consideración: rejuvenecida por su ingenio, que se nutre con savia joven de América, la prosa castiza, cuidada, elegante y viril de Montalvo penetra audazmente en las más elevadas ideologías; sus *Tratados*, en que maravillosamente se asocian, con seguro equilibrio, la inspiración y el arte, son textos de alta moral; la péñola, por él arrancada para su uso exclusivo a las alas de un cóndor, fué en sus manos nerviosas la espada relampagueante de la libertad; no hay tal vez en Hispanoamérica literatura de combate que mejor haya educado a los jóvenes del continente en el odio santo de la tiranía. En otro orden de ideas, ahí está don Andrés Bello, el insigne filólogo, creador en Chile de la cultura humanista, purgada en buena parte por él del servilismo neoclásico, gracias al don de indepen-